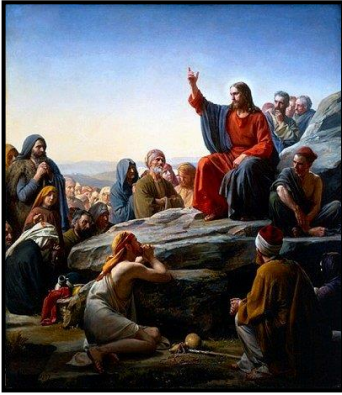


IV Domingo del Tiempo Ordinario, ciclo A

Mt. 5, 1-12



En aquel tiempo, cuando Jesús vio a la muchedumbre, subió al monte y se sentó. Entonces se le acercaron sus discípulos.

Enseguida comenzó a enseñarles, hablándoles así:

«Dichosos los pobres de espíritu, porque de ellos es el Reino de los cielos.

Dichosos los que lloran, porque serán consolados.

Dichosos los sufridos, porque heredarán la tierra.

Dichosos los que tienen hambre y sed de justicia, porque serán saciados.

Dichosos los misericordiosos, porque obtendrán misericordia.

Dichosos los limpios de corazón, porque verán a Dios.

Dichosos los que trabajan por la paz, porque se les llamará hijos de Dios.

Dichosos los perseguidos por causa de la justicia, porque de ellos es el Reino de los cielos.

Dichosos serán ustedes cuando los injurien, los persigan y digan cosas falsas de ustedes por causa mía. Alégrese y salten de contento, porque su premio será grande en los cielos».

ANTORCHAS ENCENDIDAS EN EL DURO CAMINO DEL DISCIPULADO

El evangelio de este domingo, nos permite contemplar al Señor Jesús sentado en la cumbre del monte, dirigiendo su enseñanza a la multitud reunida en torno suyo. Sus discípulos se le acercan y con una gran emoción y alegría el Señor comienza a hablar con un inigualable tono profético. Fue en aquella predicación que llega hasta nosotros por el testimonio de la Escritura, donde Jesús deja inscrito en el corazón de todos los que lo escuchan, la palabra programática y consoladora de las bienaventuranzas.

Las bienaventuranzas leídas con atención y con fe, nos revelan un camino programático, es decir trazan en la vida de los discípulos del Señor, las líneas fundamentales de la fiel vivencia del evangelio. Al quiera conocer el destino de los bienaventurados en el tiempo futuro, le basta profundizar en el significado de cada una de estas bellas sentencias de Jesús y encontrará la respuesta.

Y es que la vida de los discípulos, la vida de aquellos que tienen su fe centrada en el Señor, estará cifrada bajo el signo de la oposición, del esfuerzo y la dura batalla contra todo aquello que quiere impedir la instauración del Reino de Dios y de sus valores en el corazón de los hombres. La existencia de los bienaventurados en el mundo es como una antorcha encendida de caridad y de fe, que no obstante los enormes y constantes esfuerzos por ser sofocada, no sucumbirá, sino que al final brillará con una luz nueva y definitiva, con un ardor que se verá perpetuado en virtud del poder de Dios.

Los justos no obstante su aparente derrota, prevalecerán y su obra será recompensada. Las bienaventuranzas son provocadoras, son como una mecha que se enciende y que tiene como fin detonar la glorificación de Dios en el mundo. Y aunque fueron pronunciadas para el consuelo y la guía de los hombres, éstas hayan su plenitud y raíz última en la persona de Jesús, de surge su eficacia, autenticidad y cumplimiento.

Considerando esto podemos afirmar sin temor a equivocarnos que todas las bienaventuranzas se le pueden aplicar sin excepción al Señor Jesús. No hay palabra en su formulación que no embone perfectamente en el perfil del Señor. Todas las actitudes descritas en ellas fueron asumidas por el Redentor, en su ministerio de salvación aquí en la tierra.

Al descubrir esto podemos entonces decir que la vivencia de las bienaventuranzas nos identifican con Jesús, porque cada una de ellas en su conjunto y cada una en particular son guía segura para vivir plenamente como discípulos cristianos asemejándonos cada vez más con él.

Pidámosle a Dios nuestro Padre que nos conceda siempre la gracia del Espíritu Santo, para que encendidos en su eterno amor, podamos convertirnos en fieles discípulos del Señor Jesús, y así vivamos fielmente unidos a él, expandiendo por todas partes su presencia con nuestras acciones y testimonio.

¡Alabado sea el nombre de Jesús!

Pbro. Eliezer Israel Sandoval Espinoza

Arquidiócesis de Monterrey, México

Twitter: padre_eliezer